

Nostalgia del retorno: Ulises en su viaje a Ítaca

RAMÓN ORTEGA LOZANO
Centro de Estudios Hispánicos
Universidad Antonio de Nebrija
Madrid, España

Resumen

En este artículo se hará un análisis de las aventuras de Odiseo para mostrar cómo la nostalgia juega un papel primordial en *La Odisea*. Además, se mostrará que Ulises no tiene una añoranza por la tierra amada, sino por la gente que se encuentra en ésta. Finalmente, este hilo llevará a concluir en la siguiente tesis: toda aventura concluida con éxito radica en el bienaventurado retorno, motivado por la nostalgia de lo dejado atrás.

Palabras claves: viaje de retorno, Homero, *La Odisea*, Ulises

Abstract

This article analyzes Ulysses' adventure in order to show how nostalgia plays a key role in *The Odyssey*. In addition, the analysis shows that Ulysses does not feel yearning for his land but for the people who live there. Finally, the article concludes by stating that all successful adventure is based on a fortunate return, a return motivated by the nostalgia of what is left behind.

Key words: return trip, Homer, *The Odyssey*, Ulysses

“Sin embargo, ahora ya está perdido de aciago destino, y ninguna esperanza nos queda por más que alguno de los terrenos hombres asegure que volverá. Se le ha acabado el día del regreso”. (Telémaco dirigiéndose a Atenea con esperanzas perdidas; Homero, La Odisea)

No cabe de duda que uno de los mejores ejemplos de aventurero, por más siglos que pasen, es el valeroso Ulises, personaje inmortalizado por Homero en *La Ilíada* y *La Odisea*. Ganó su título de héroe por luchar aguerridamente durante nueve años contra los troyanos y por proponer la estratagema que les da la victoria sobre Ilión (con el famoso Caballo de Troya). Pero también, una vez finalizada la guerra, es el último aqueo que regresa a su casa, teniendo que pasar otra década de adversidades antes de pisar su añorada Ítaca. Muchas son las vicisitudes que encuentra en su constante búsqueda de retorno y aunque algunas le abatieron las fuerzas y otras muchas doblegaron su espíritu, ya fuese por Atenea o por su mismo deseo de volver, no se contuvo hasta llegar a su isla y recuperar la tranquilidad de la casa que dejó veinte años atrás.

A Odiseo se le presenta como único objetivo, ambición, añoranza y desafío, el regreso a su hogar. Incluso cuando se encontró con oportunidades que le hubieran dado una vida mejor que la que le estaba deparada a su vuelta. Pero ya fueran riquezas, inmortalidad o el lecho de alguna hermosísima mujer o ninfa, no encontraría mayor satisfacción que el posarse nuevamente sobre su trono, cual soberano de las tierras de Ítaca, al lado de su mujer e hijo. Es así como se hace patente el motivo que lleva a Odiseo a una constante persecución de retorno, pese a sus calamidades y sobre las insospechadas fortunas con las que se encuentra: la nostalgia.

Odiseo, el aventurero

Antes de partir de Ítaca rumbo a Troya, Odiseo recibió por parte de Haliterses Mastorida el presagio de lo que le deparaba el destino; anuncio que Haliterses repite a los itacenses y a Telémaco (hijo de Odiseo) dos décadas después: “Le dije que sufriría muchas calamidades, que perdería a todos sus compañeros y que volvería a casa a los veinte años desconocido de todos.”² Pero Odiseo tenía honor y era su responsabilidad partir a la guerra, pese a ir con desgano y haber sido advertido del sino que le habían dispuesto los dioses. No hay que olvidar que los mortales en la mitología griega tienen un destino marcado por las divinidades del Olimpo, aunque no queda claro hasta qué punto sus acciones también repercuten en él, como expresa Zeus: “¡ay, ay, cómo culpan los mortales a los dioses!, pues de nosotros, dicen, proceden los males. Pero también ellos por su estupidez soportan dolores más allá de lo que les corresponde”³. Por esta razón, es difícil saber si la causa del cumplimiento del destino de los personajes se encuentra en las contingencias que se les presentan, aunadas a las actitudes con las que éstos reaccionan ante ellas, o en el ánimo de los dioses por cumplir los presagios.

Un claro ejemplo se presenta con Odiseo: de no ser por su ánimo valeroso y su implacable curiosidad, cuando llegaron a la tierra de los Cíclopes, hubiera podido tomar la decisión de continuar el viaje por otras tierras, pues no carecían de comida ni de vino ya que “cada uno había guardado mucho en la ánforas”⁴. Pero cayó en la tentación de conocer a los cíclopes en persona:

... yo con mi nave y los que me acompañan voy a llegarme a esos hombres para saber quiénes son, si soberbios, salvajes y carentes de justicia, o amigos de los forasteros y con sentimientos de piedad para con los dioses⁵.

Y fue así como conoció a Polifemo, cíclope hijo de Poseidón, quien devoró a varios de sus compañeros, mientras que a Ulises y los pocos afortunados que no fueron engullidos, los mantuvo encerrados en su cueva a la espera de tener el mismo fin. Mas con estratagemas logró dejar ciego al cíclope y huir de la caverna junto con los compañeros que no perecieron a manos del titán. Cuando llegaron a la nave, pudo bien escapar, pues Polifemo probablemente no había caído en cuenta aún de su ausencia, pero el dolor que le causó la pérdida de sus compañeros llevó a Odiseo a gritar antes de que su embarcación se alejara completamente de la isla:

Cíclope, no estaba privado de fuerza el hombre cuyos compañeros ibas a comerte en la cóncava cueva con tu poderosa fuerza. Con razón te tendrían que salir al encuentro tus malvadas acciones, cruel, pues no tuviste miedo de comerte a tus huéspedes en tu propia casa. Por ello te han castigado Zeus y los demás dioses.⁶

Dichas palabras irritaron más a Polifemo quien les lanzó la cresta que arrancó de un monte, haciendo que se produjera un reflujo del agua y que la embarcación fuera atraída nuevamente a la orilla de la isla. Pero nuevamente los miembros de la nave remararon y se alejaron. El orgulloso Odiseo, no conforme, se empeñó en increpar a Polifemo, pese a que su tripulación le suplicaba que no lo hiciese, pues aunque ciego el cíclope, lanzaba grandes rocas y alguna podría alcanzarlos:

Cíclope, si alguno de los mortales hombres te pregunta la vergonzosa ceguera de tu ojo, dile que te ha dejado ciego Odiseo, el destructor de ciudades, el hijo de Alertes que tiene su casa en Ítaca.⁷

Esta actitud temeraria de Ulises fue la que llevó a Polifemo a pedir a su padre, Poseidón, que vengara su ceguera haciendo que Odiseo no llegara a su tierra.

Inútil sería proponer lo que hubiera acontecido a Odiseo de haber actuado con más prudencia. Sin embargo, es cierto que los infortunios que sufrió por los siguientes nueve años empiezan en el momento en que Poseidón encolerizado lleva a cabo la venganza que debe a su hijo Polifemo. El destino de Ulises ya estaba decidido por los dioses, e incluso había sido revelado por el profeta Haliterses, pero llega un momento en que parece que las contingencias con las que se encuentra podrían haber sido sorteadas de mejor manera, pues los mortales gozan de voluntad aunque muchas veces sus voliciones y carácter los domine.

Calipso ¿fortuna o condena?

Ya Milan Kundera en su novela *La ignorancia* trata el tema de Odiseo y Calipso. Ulises, a pesar de todas las ventajas que para un hombre supone

quedarse al lado de esta ninfa, languidece por la nostalgia de su tierra. Él llega a la Isla de Calipso después de tres años de increíbles aventuras donde perdió a todos sus compañeros. Ella lo acoge durante siete años prometiéndole la inmortalidad si decide quedarse a su lado: “Yo lo traté como amigo y lo alimenté y le prometía hacerlo inmortal y sin vejez para siempre”.⁸

Para cuando conoce a Calipso, Odiseo ya se ha enfrentado a muchos peligros. Más de una vez casi pierde la vida; ha presenciado la muerte de todos sus compañeros, entre ellos muchos especialmente queridos por él; ha descendido al Hades siendo así dos veces mortal, y aún así, el encuentro con una ninfa hermosa, que le brinda alimento, comodidad y la inmortalidad, no le parece suficiente recompensa por sus múltiples incidentes. Odiseo no es feliz con Calipso como demuestra el pasaje del canto V donde Hermes baja a la isla de la ninfa, enviado por Zeus. Su intención es comunicarle a Calipso la decisión de los dioses que le demandan dejar partir a Odiseo. Cuando Hermes entra a la caverna donde ésta habitaba, reconoce a la diosa, “pero no encontré dentro al magnánimo [Ulises], pues éste, sentado en la orilla, lloraba donde muchas veces, desgarrando su ánimo con muchas lágrimas, gemidos y pesares, solía contemplar el estéril mar”.⁹

Y más adelante, ya una vez que Calipso escucha toda la disposición que Zeus tenía hacia Ulises, va a buscarlo:

lo encontré sentado en la orilla. No se habían secado sus ojos del llanto y su dulce vida se consumía añorando el regreso, puesto que ya no le agradaba la ninfa, aunque pasaba las noches por la fuerza en la cóncava cueva junto a la que le amaba, sin que él la amara. Durante el día se sentaba en las piedras de la orilla desgarrando su ánimo con lágrimas, gemidos y dolores, y miraba al estéril mar derramando lágrimas.¹⁰

Gracias a esta nostalgia se conmueven los dioses, entre ellos Zeus, y se exige la libertad de Odiseo para que pueda regresar a su casa. Ulises decide renunciar a una vida fácil e inmortal para volver a su casa a una vida incierta (pues no había quién le asegurase que Penélope o sus pertenencias lo siguieran esperando) y sobre todo finita. Odiseo enaltece así lo patrio, lo ya conocido, ante lo novedoso y la aventura (por más maravillosa que ésta se le planteara). Decide partir aun cuando Calipso le informa que el retorno no será fácil y que le depararán muchas más penurias:

¿así que quieres marcharte enseguida a tu casa y a tu tierra patria? Vete enhorabuena. Pero si supieras cuántas tristezas te deparará el destino antes de que arribes a tu tierra patria, te quedarías aquí conmigo para guardar esta morada y serías inmortal por más deseoso que estuvieras de ver a tu esposa, a la que continuamente deseas todos los días.¹¹

Odiseo estaba seguro de su decisión. Él prefiere a Penélope antes que a Calipso. Sin duda, no es por no sentirse querido, pues esta ninfa lo amaba al grado

de morir de tristeza¹² cuando Ulises parte de su lecho. Y tampoco puede contemplarse la posibilidad de que la diosa no le gustase, pues su belleza no puede compararse con la de Penélope, como reconoce Odiseo:

Venerable diosa, no te enfades conmigo, que sé muy bien cuánto te es inferior la discreta Penélope en figura y en estatura al verla de frente, pues ella es mortal y tú inmortal sin vejez. Pero aún así quiero y deseo todos los días marcharme a casa y ver el día del regreso.¹³

Así es como al quinto día de la visita de Hermes, Odiseo parte en busca de su patria. Lo que para la razón es una fortuna, para el espíritu es una condena. Odiseo desde ese momento enaltece algunos valores que hasta la fecha se conservan como son el amor a la patria y la fidelidad. Lo hace a través de la alegoría que bien explica Milán Kundera donde el empeño de Odiseo por regresar a casa exalta el dolor de Penélope menospreciando el llanto de Calipso.

Oportunidades de gloria

Sin duda, los siete años junto a Calipso es la etapa más trascendental en la Odisea en la que Ulises antepone su necesidad por regresar a casa, a la oportunidad de fortuna, pero no es la única. Existen por lo menos dos ejemplos en los que se reúnen los mismos ingredientes de la fórmula con la excepción de la posibilidad de la inmortalidad: una hermosa mujer, riqueza y abastecimiento. Siguiendo un orden cronológico de la línea de aventuras que fue dejando Odiseo a su paso, uno de estos ejemplos se da antes de llegar a la isla de Calipso y el otro una vez que sale de ésta. El primero es en la isla de Eea, donde Odiseo se enfrenta a una de sus más fantásticas aventuras. Es la isla de la hechicera Circe quien en un principio es encarada por Ulises, pues ha convertido a los compañeros que envió en expedición para conocer la isla, en cerdos. Sólo Euríloco logra escapar para dar la funesta noticia a Odiseo. Este no pierde tiempo y reúne a todos los guerreros que esperaban con él para ir al palacio de Circe y recuperar a sus compañeros. En el camino se encuentra con Hermes semejante a un adolescente quien le da un brebaje benéfico para librarlo de la poción que Circe le iba a dar para convertirlo en cerdo también. Así sucedió; la hechicera le dio la pócima entre los alimentos que le ofreció al atenderlo como su huésped, pero Odiseo no se transformó y se lanzó contra ella desenfundando su espada como si fuera a matarla. Circe se lanzó a sus rodillas y lo reconoció:

... tienes en el pecho un corazón imposible de hechizar. Así que seguro que eres el asendereado Odiseo, de quien me dijo el de la varita de oro, el Argifonte que vendría al volver de Troya en su rápida y negra nave. Con que, vamos, vuelve tu espada a la vaina y subamos los dos a mi cama, para que nos entreguemos mutuamente en amor y lecho.¹⁴

Pero no subió con ella hasta que Circe no retiró su maleficio y volvió a todos sus compañeros nuevamente en hombres y hacerle jurar con gran juramento, que no meditara contra él maldad alguna: “Así dije y ella al punto juró como yo le había dicho. Con que, una vez que había jurado y terminado su promesa, subí a la hermosa cama con Circe.”¹⁵ De esta manera la hechicera que en un principio los pretendía conjurar con pócimas, finalmente terminó acogiéndolos a todos: “Allí nos quedamos un año entero –día tras día- , dándonos de comer carne en abundancia y delicioso vino”.¹⁶

Circe no retiene a Odiseo contra su voluntad, pero parece contenta de tenerlo ahí, pues ella nunca le insinúa que se marche. Muy al contrario, se puede intuir que gozaban del amor muy a menudo. No obstante, como analiza José Luis Calvo en su introducción al libro, Homero elimina el elemento erótico de su obra, por lo que en los pasajes se deslindan de estos datos¹⁷. Aún así, parece que Odiseo estaba contento con la idea de permanecer en Eea (isla de Circe), pues no es de él de quien surge la idea de comenzar el regreso a casa, sino de sus compañeros: “Amigo, piensa ya en la tierra patria, si es que tu destino es que te salves y llegues a tu bien edificada morada y a tu tierra patria”¹⁸.

Fue así como queda persuadido para reanudar su camino. Por su parte, Circe aconseja y advierte en su buen ánimo las cosas que les depara a la tripulación y a nuestro héroe aguerrido y a quien finalmente deja partir.

El segundo ejemplo se da cuando Odiseo, gracias a la compasión de Zeus, se libra de la muerte que le quería imponer Poseidón, una vez abandonada la isla de Calipso. Fue así como llegó destrozado por el mar a la tierra de los feacios, amantes del remo. Llegó molido por las olas, después de haber quedado a la deriva nadando durante tres días por el profundo mar. En tierra, decidió buscar cobijo en medio de la selva que se le presentaba adelante. Encontró unos matorrales donde cayó rendido por el cansancio tumbado hasta el amanecer. A la mañana siguiente, lo despertaron las voces de doncellas, así que se acercó a averiguar quiénes eran y a solicitarles su ayuda. Conoció así a Nausícaa, hija de Alcínoo rey de los feacios, quien bajo la persuasión de Atenea se había acercado al río a hacer la colada. Como el mar lo sacudió tanto, al grado de dejarlo desnudo, Odiseo tuvo que coger una rama frondosa para poder cubrirse y acercarse a las doncellas; su necesidad de ayuda le quitó el pudor que, como deja ver Homero, existía en la época. De hecho las sirvientas que acompañaban a Nausícaa salieron corriendo cuando vieron aparecer a Odiseo, pero sólo la hija de Alcínoo se mantuvo a la espera, valiente.

Odiseo le suplicó de lejos que le diera auxilio y ropa para cubrirse y que lo condujese a la ciudad. Ella lo ayudó y lo llevó hasta las afueras de la amurallada población, pero lo dejó ahí prudentemente para que no los vieran entrar juntos y la gente hablase mal de ellos. Aún así le sugirió que buscara la casa de su padre a quien todos los habitantes conocían. Así que Ulises preguntó por la casa de Alcínoo y llegó hasta ella. Éste es el personaje que finalmente lo ayuda a llegar a su tierra añorada: Ítaca.

Este pasaje deja ver que Nausícaa es una mujer cuya belleza Odiseo compara con la diosa Artemisa. Es cierto que Ulises se lo dice cuando le suplica ayuda y

puede que sus halagos sean parte de una estrategia para que ella se compadezca de él. No obstante, la insistencia de las adulaciones hacia su hermosura, son suficientes para dejar convencido a cualquier lector que, pese al ditirambo de Odiseo, la princesa era una mujer muy atractiva:

A ti suplico, soberana ¿Eres diosa o mortal? Si eres una divinidad de las que poseen el espacioso cielo, yo te comparo con Artemisa, la hija del gran Zeus, en belleza, tallo y distinción, y si eres uno de los mortales que habita la tierra, tres veces felices tu padre y tu venerable madre; tres veces felices también tus hermanos, pues bien seguro que el ánimo se les ensancha por tu causa viendo entrar en el baile a tal retoño; y con mucho el más feliz de todos en su corazón el que venciendo con sus presentes te lleve a su casa. Que jamás he visto con mis ojos semejante mortal, hombre o mujer. [...] ¹⁹

Por otro lado, Nausícaa demuestra que se siente atraída por Odiseo una vez que éste se lava en el río y se quita toda la suciedad que arrastró en su viaje, dejando ver así su verdadera hermosura. Además, al ser soltera y en edad de casarse, no oculta sus pretensiones de poder contraer matrimonio con él y que permanezca en la isla:

Escuchadme, siervas de blancos brazos, mientras os hablo; no en contra de la voluntad de todos los dioses, los que poseen el Olimpo, tiene trato este hombre con los feacios semejantes a los dioses. Es verdad que antes me pareció desagradable, pero ahora es semejante a los dioses, los que poseen el amplio cielo. ¡Ojalá semejante varón fuera llamado esposo mío habitando aquí y le cumpliera permanecer con nosotros! ¡Vamos siervas, dad al huésped comida y bebida! ²⁰

Una vez que Odiseo conoce a Alcínoo y se deja agasajar como su huésped, le cuenta cómo ha llegado a la isla después de pasar siete años con Calipso. De esta manera, el padre de Nausícaa, Alcínoo, reconoce en Ulises a un héroe que además le es muy grato. Tal es su complacencia que le propone que se case con su hija y se quede en la tierra de los feacios:

[...] ¡Zeus padre, Atenea y Apolo, ojalá que siendo como eres y pensando las mismas cosas que yo pienso, tomases a mi hija por esposa y permaneciendo aquí pudiese llamarte mi yerno!; que yo te daría casa y hacienda si permanecieras aquí de buen grado. ²¹

Pero no es el ánimo de Alcínoo retenerlo en su isla contra su voluntad, sino incluso más adelante y ya sabiendo que es el valeroso Odiseo, héroe vencedor en Troya, pone todo de su parte para que éste llegue a su patria. Homero una vez más elimina el elemento erótico de su obra y no se vuelve a saber nada de Nausícaa ²² hasta su despedida: “Salud, huésped, acuérdate de mí cuando estés en tu

patria, pues es a mí la primera a quien debes la vida”²³. Por fin, Ulises está a un paso de llegar a Ítaca lleno de presentes recibidos por los feacios.

Los dos ejemplos anteriores demuestran que Ulises bien podría haber renunciado en algún momento de debilidad al regreso a su patria y conformarse con el comienzo de una nueva vida. Además no una vida cualquiera, sino una que prometía placeres, lujo y la compañía de una pareja que sobresalía entre otras mujeres: en el caso de Circe, por ser una divinidad, y en el de Nausícaa, por su nobleza característica. De cualquier forma, en ambos casos, las damas se distinguían por su hermosura. Pero en eso Homero se mantiene firme durante toda *La Odisea*; el único objetivo que cabe en la mente de su personaje heroico es el de regresar a Ítaca. Ulises se encuentra exento de cualquier tentación, su nostalgia le ciega las oportunidades de grandeza. Su añoranza es tan grande que le impide ser feliz en totalidad, si no es de la mano de su mujer e hijo. Homero plasma muy bien esa nostalgia del retorno que está presente en la mayoría de los diálogos de Odiseo durante toda la obra.

La nostalgia

En esta parte del artículo, se analizará lo que es la nostalgia. Para hacerlo, se recurrirá nuevamente a la novela *La ignorancia* de Milan Kundera, donde este autor analiza el término. Nostalgia, dice Kundera, tiene una etimología griega: *nostos* que significa “regreso” y *algos* que es “sufrimiento”. “La nostalgia es, pues, el sufrimiento causado por el deseo incumplido de regresar”²⁴. En este sentido, la nostalgia está reservada para los aventureros, aquéllos que están lejos de su casa y que tienen el impedimento de volver²⁵. Éste es el caso de Odiseo, quien además cuenta entre sus principales malestares, que después de haber conseguido grandes riquezas al salir de Troya, irremediablemente las va perdiendo a lo largo de su aventura. Finalmente, Ulises, favorecido por Homero, cambia su suerte al llegar a la tierra de los feacios, donde principalmente Alcínoo, pero también los demás habitantes de la isla, lo llenan de regalos.

Pero existe, como menciona Kundera, otra acepción en español usada para referirse al sentimiento nostálgico: la añoranza. “En español, “añoranza” proviene del verbo “añorar”, que proviene a su vez del catalán *enyorar*, derivado del verbo latino *ignorare* (ignorar, no saber de algo). A la luz de esta etimología, la nostalgia se nos revela como el dolor de la ignorancia”²⁶. Es el sufrimiento causado por no saber qué es lo que pasa en la tierra patria. El caso de Ulises es muy claro en este sentido. Sin mostrarlo exhaustivamente²⁷, Homero deja entrever la angustia de su personaje por saber lo que le acontece en su isla, por ejemplo con las conversaciones que Ulises mantiene con Atenea, que es quien le informa de los pretendientes que acosan a Penélope. También se puede pensar que durante los siete años de lamentos en la isla de Calipso extrañando su tierra, en algún momento debió afligirse preguntando a su corazón: ¿Penélope me seguirá esperando? ¿Mis padres estarán con bien? ¿Cuánto habrá crecido y cómo será mi hijo Telémaco? ¿Cómo estará mi casa; descuidada por el abandono o felizmente atendida?

Odiseo, sin manera de conocer lo que acontecía en su tierra, se veía acosado por la añoranza. La única manera de erradicar este sentimiento es el retorno. Aunque también existe un curioso pasaje en la Odisea, cuando nuestro aventurero llega a la isla de los lotófagos, donde se habla de una flor llamada “loto” que comen los habitantes de la isla. Se puede decir que es una especie de droga que gusta tanto que impide al que la come sentir nostalgia o añoranza por la tierra patria:

[...] Cuando nos habíamos hartado de comida y bebida, yo envié delante a unos compañeros para que fueran a indagar qué clase de hombres, de los que se alimentan de trigo, había en esa región; escogí a dos, y como tercer hombre les envié a un heraldo. Y marcharon enseguida y se encontraron con los lotófagos. Éstos no decidieron matar a nuestros compañeros, sino que les dieron a comer loto, y el que de ellos comía el dulce fruto del loto ya no quería volver a informarnos ni regresar, sino que preferían quedarse allí con los lotófagos, arrancando loto, y olvidándose del regreso. [...]²⁸

¿Nostalgia? ¿A qué?

Es evidente que en el caso de Ulises existe una nostalgia por su tierra Ítaca; el sentido patriótico de aquel entonces es denotado por la fuerte estrechez entre el hombre y su tierra natal. De hecho, sin este sentimiento patriótico no se puede explicar que Odiseo abandonase su tierra cuando Menelao exhortó a los aqueos a ir en guerra contra los troyanos por la injuria recibida (el rapto de Helena). Se trataba de defender a la tierra patria, ya no sólo de ataques físicos, sino de ofensas que atentaban contra el honor de sus gobernantes. Este discurso puede considerarse alejado del actual - donde cada vez menos personas darían su vida por la patria; sobre todo porque empieza a haber personas que ven el mundo como un sitio que debería carecer de fronteras – pero en aquel entonces es el epítome de un comportamiento leal y honroso. No obstante, es posible que el principal apremio de Ulises por regresar a casa, antes bien que la defensa de su isla o de su trono, sea volver a encontrarse con sus seres queridos. Una persona no se debe a su patria, como se debe a su familia. Sentimiento que se ve reflejado cuando nuestro héroe suplica a Nausícaa:

[...] ¡Que los dioses te concedan cuantas cosas anhelases en tu corazón: un marido, una casa y te otorguen también una feliz armonía! Seguro que no hay nada más bello y mejor que cuando un hombre y una mujer gobiernan la casa con el mismo parecer [...]²⁹

Cuando salió Odiseo de Ítaca rumbo a Troya, dejó a su mujer, con quien probablemente había contraído matrimonio recientemente, y a su hijo al poco tiempo de nacido. Por lo tanto, no había vivido en su propia carne esta experiencia que le desea a Nausícaa. De alguna manera se entrevé que él también

esperaría para sí la suerte que describe con su súplica a la doncella. La nostalgia de Odiseo se encuentra en estar lejos de los suyos. Su añoranza no sólo está presente en la ignorancia de lo que acontece en su tierra, sino que es algo más dramático: desconoce lo que es compartir con su mujer esa *feliz armonía* y no ha podido ver crecer a su hijo. Lo que realmente le duele es contemplar impotente el devenir de veinte largos años de su vida, privado de la mano de sus seres queridos.

Nuestro infeliz héroe levanta su voz de angustia cuando puede tener noticias de sus familiares (primeramente) y de su tierra. Es en el descenso al Hades cuando tiene esta oportunidad al encontrarse con su difunta madre. Al verla con sorpresa la exhorta a que le dé detalles para intentar sosegar su corazón:

Pero, vamos, dime esto e infórmame con verdad ¿Qué negra Ker de la terrible muerte te dominó? [...] Háblame de mi padre y de mi hijo, a quien dejé; dime si mi autoridad real sigue en su poder o la posee otro hombre, pensando que ya no volveré más. Dime también la resolución y las intenciones de mi esposa legítima, si todavía permanece junto al niño y conserva todo a salvo o si ya la ha desposado el mejor de los aqueos.³⁰

No puede concebirse mayor dolor para el aventurero nostálgico que el enterarse de que la muerte de alguno de sus parientes más queridos lo ha separado de éste definitivamente. Bastante dolor es permanecer lejos de sus familiares, pero sigue siendo poco frente a la atroz noticia: que la última vez que llegó a ver a un ser querido fue antes de partir a su aventura. El recuerdo que tiene ya opaco por el paso de los años, alberga la esperanza de poder ser alimentado con una próxima unión, pero la desdicha fuerte se lo impide: ¿Quién no languidecería? ¿Quién no lamentaría haber partido? Reflexionar lo que habrá sido para Ulises encontrarse con su madre fallecida, invita a lamentarse por el infortunado héroe. Odiseo ese fatal día se enteró de que no la podría volver a abrazar jamás: “[...] yo cavilando en mi mente, quería abrazar el alma de mi difunta madre. Tres veces me acerqué - mi ánimo me impulsaba a abrazarla -, y tres veces voló de mis brazos semejante a una sombra o a un sueño”³¹.

Se podría decir que Odiseo tuvo la oportunidad de despedirse de su madre (de no bajar al Hades no lo habría conseguido) y sosegar un poco su pesar, de no ser porque ella también le dio terribles noticias. Ahí fue donde se enteró de que su padre, Laertes, vivía en la miseria; sin sábanas ni cobertores, durmiendo en el suelo y con ropas de poca calidad. Igualmente le dio a conocer que su mujer estaba siendo acosada por los pretendientes y que su hijo tenía que soportar la humillación de ver cómo su casa era saqueada por el apetito de éstos, que comían sus reces y bebían su vino en desproporcionados banquetes. Y así vivió todavía siete años más en la isla de Calipso, probablemente con la incertidumbre y expectativa de su padecer; y, sobra decir, hundido en la nostalgia.

Si Ulises hubiera probado el fruto del “loto”, y se hubiese olvidado del retorno, todas las aventuras que han sido narradas por el increíble poeta se hubieran perdido. ¿Qué otra justificación podría encontrar Homero para que su

héroe siguiera sorteando las contingencias para regresar a casa? Sin la nostalgia, toda la Odisea carecería de sentido. Dice Kundera: “Ulises, el mayor aventurero de todos los tiempos, es también el mayor nostálgico”³². Es así como la Odisea ha mostrado al mundo, por más de dos mil años, que el hombre tiene un amor patrio del que difícilmente puede deslindarse. Pero hay que tener cuidado; no se trata de la convención existente en la palabra “patria”; porque si para Ulises existe una, sólo se encuentra en la mano de su mujer y de su hijo. Uno no ama sólo un pedazo de tierra o a sus gobernantes, ama a su madre y padre, a su mujer e hijos, a las amistades cercanas y a todas esas personas especiales que se abandonan tras la aventura. Ellos son su patria y donde éstos estén; ahí será dirigido el foco lánguido de la nostalgia.

Notas

- 1 Homero, *La Odisea*, Canto I, versos 168 y siguientes. La referencia corresponde al texto establecido por T.W. Allen en *Homero opera. Odysea*, Oxford, 1967. La traducción en castellano corresponde a la de José Luis Calvo.
- 2 *Ibid.* II. 173 y ss.
- 3 *Ibid.* I. 30 y ss.
- 4 *Ibid.* IX.164.
- 5 *Ibid.* IX. 175 y ss.
- 6 *Ibid.* IX. 174 y ss.
- 7 *Ibid.* IX. 501 y ss.
- 8 *Ibid.* V. 34.
- 9 *Ibid.* V.80 y ss.
- 10 *Ibid.* V. 150 y ss.
- 11 *Ibid.* V. 209 y ss.
- 12 La muerte de Calipso ya no es descrita en *La Ilíada*, pero forma parte de la mitología griega.
- 13 *Ibid.* V. 215 y ss.
- 14 *Ibid.* X. 330 y ss.
- 15 *Ibid.* X. 345 y ss.
- 16 *Ibid.* X. 465 y ss.
- 17 Como también sucede con Nausícaa que como se verá más adelante Homero la hace desaparecer bruscamente al final del canto IV y reaparece brevemente para despedirse de Odiseo.
- 18 *Ibid.* X. 472 y 473.
- 19 *Ibid.* VI. 149 y ss.
- 20 *Ibid.* VI. 239 y ss.
- 21 *Ibid.* VII. 309 y ss.
- 22 Nota 18.
- 23 *Ibid.* VIII. 460 y ss.
- 24 Kundera, Milan (2000), *La ignorancia*, España: Ed. Colecciones Andanzas.
- 25 En la época actual éstos serían los emigrantes: aquellos que dejan su país para buscar nuevas y mejores oportunidades en otros horizontes.
- 26 *Ibid.* Kundera, *La ignorancia*.

- 27 En toda *La Odisea* sólo hay un momento claro donde Ulises deja ver su inquietud por lo que sucedía en Ítaca; es cuando baja al Hades y habla con su fallecida madre. De esto se tratará más adelante en el ensayo.
- 28 *Ibid.* Homero... IX. 90 y ss.
- 29 *Ibid.* VI. 180 y ss.
- 30 *Ibid.* XI. 170 y ss.
- 31 *Ibid.* XI. 205 y ss.
- 32 *Ibid.* Kundera, *La ignorancia*.

Bibliografía

- Homero (2002). *La Odisea*. José Luis Calvo (trad.). 13ª edición. España: Ed. Cátedra.
- Kundera, Milan (2000). *La ignorancia*. 3ª edición. España: Ed. Colecciones Andanzas.